

**Jueves XVIII del TO**  
**Ciclo B**



8 de agosto de 2024

Jr 31, 31-34

Sal 50

Mt 16, 13-23

*P. Eduardo Suanzes, msp*

El paso a la parte pagana del lago tenía por objeto salir del territorio judío. Para proponer a sus discípulos la cuestión de su identidad, Jesús los saca del territorio donde reina la concepción del Mesías davídico, es decir, el Mesías poderoso, liberador político del pueblo de Israel.

Por la respuesta que les dan sus discípulos, la gente asimila a Jesús a personajes conocidos del Antiguo Testamento. O bien es una reencarnación de Juan Bautista (como así lo creía Herodes) o Elías, cuyo retorno estaba anunciado por Malaquías y el Eclesiástico. En todo caso, ven en Jesús una continuidad con el pasado, un enviado de Dios como los del Antiguo Testamento. No captan su condición única ni su originalidad. No descubren la novedad del Mesías ni comprenden, por tanto, su figura.

Sin embargo, la respuesta de Pedro es una perfecta profesión de fe cristiana: *«Tú eres el Mesías Hijo de Dios vivo»*. *«El hijo de Dios»* equivale al nombre de Emmanuel, *«Dios entre nosotros»*. La expresión *«vivo»* opone el Dios verdadero a los ídolos muertos; significa el que posee la vida y la comunica: vivo y vivificante, Dios activo y salvador. También el Hijo es, por tanto, dador de vida y vencedor de la muerte. Él, como YHWH, es el Viviente, el que es.

A la respuesta de Pedro responde Jesús con una bienaventuranza. Jesús declara dichoso a Simón por el don recibido. Es el Padre de Jesús quien revela a los hombres la verdadera identidad de este, porque es el Padre quien revela el Hijo a la gente sencilla y el Hijo quien revela al Padre.

Pedro, por tanto, pertenece a la categoría de los sencillos, no a la de los sabios y entendidos, y ha recibido esa revelación. Es decir, los discípulos han aceptado el aviso de Jesús de no dejarse influenciar por la doctrina de los fariseos y saduceos y están en disposición de recibir la revelación del Padre, es decir, de comprender el sentido profundo de las obras de Jesús. Han comprendido que su mesianismo no necesita más señales para ser reconocido. La revelación del Padre no es, por tanto, un privilegio de Pedro; esta ofrecida a todos, pero solo los *«sencillos»* están en disposición de recibirla. Esa es la clave.

Los que reciben del Padre la revelación sobre Jesús son, pues, los que ven en Jesús la imagen del Padre (el Hijo), y los que reciben de Jesús la experiencia de Dios como Padre pueden invocarlo como tal.

Es curioso cómo Jesús le dice ahora a Pedro algo muy parecido a lo que dijo anteriormente unos cuantos capítulos atrás<sup>1</sup> al hablar del que escucha su Palabra y la pone en práctica; decía que ése era el hombre sensato que edifica su casa sobre una roca (ahora la Iglesia edificada sobre la Roca de Pedro); que podrán venir lluvias y tempestades y ataque de elementos (ahora, los poderes del infierno), pero que no caerá. «Pedro» (= *petros*) no es un nombre: significa una piedra que puede moverse, incluso lanzarse. Sin embargo, «roca» (= *petra*) es símbolo de firmeza inmovible, es un sillar, es una roca donde está asentada un edificio. Jesús le dice: «*Tú eres Petros<sup>2</sup> y sobre esa Roca edificaré mi iglesia y el poder de la muerte no la derrotará*». Si antes Jesús hablaba del individuo que lo acepta personalmente, ahora está hablando de la comunidad, de la Iglesia.

Simón Pedro, el primero que profesa la fe en Jesús con una fórmula que describe perfectamente su ser y su misión, se hace prototipo de todos los creyentes, de todos nosotros. Con los que hacemos esta profesión de fe Jesús construye la nueva sociedad humana, su Iglesia, que tiene por fundamento inamovible esa fe. Apoyada en ese cimiento, la comunidad de Jesús podrá resistir todos los embates de las fuerzas enemigas, representadas por los perseguidores.

Después de esto Jesús les prohíbe divulgar que él es el Mesías, no la totalidad de lo que Pedro ha confesado, sino solo «Mesías». Esta expresión, el Mesías, aislada, daría pie al equívoco: la gente la interpretaría en el sentido corriente, del Mesías davídico nacionalista y violento.

Pedro es capaz de lo mejor y de lo no tan bueno, porque vuelve a la mentalidad anterior. Porque, continúa el relato, después de que Jesús haya anunciado su pasión trata de impedir sus intenciones de entregar la vida por la humanidad. Pedro está en completo desacuerdo con lo expuesto por Jesús. Ha expresado antes la fe auténtica, es verdad, pero no acepta la praxis que se deriva de ella: entregar la vida, la cruz.

La respuesta de Jesús manifiesta el colmo de la indignación: «*¡vete, quítate de en medio, Satanás!*». Pedro, nada más y nada menos, encarna a Satanás, es decir, sus palabras concretan la tercera tentación del desierto. Pedro lo tienta a que sea un Mesías poderoso y vencedor. Jesús lo rechaza con el mismo imperativo con que rechazó a Satanás: «*¡vete!*»; la segunda parte: «*Quítate de en medio!*», se refiere a Pedro como obstáculo que impide su camino. Explica Jesús por qué Pedro es obstáculo: «*tu idea no es la de Dios, sino la de los hombres*». Y es entonces, por fin, cuando Jesús expone las condiciones del seguimiento: el destino de sus seguidores será el mismo que el suyo: la entrega.; renunciar a toda ambición personal actuando como el Maestro, hasta la entrega total de la propia vida en favor de la humanidad<sup>3</sup>.

---

<sup>1</sup> Cfr 7, 24-25

<sup>2</sup> ...y lo traducimos por «Piedra», pero en el sentido de *Petros*

<sup>3</sup> Cfr. JUAN MATEOS Y FERNANDO CAMACHO. *El Evangelio de Mateo. Lectura comentada*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1981